

CAPÍTULO 21

La santidad de Dios

Gloria a Dios en las alturas. Te alabamos, Te bendecimos, Te adoramos, por Tu gran gloria. Señor, dije lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí que no conocía. Oí hablar de Ti con el oído, pero ahora mis ojos Te ven y me aborrezco en polvo y ceniza. Oh Señor, pondré mi mano sobre mi boca. Una vez he hablado, sí, dos veces, pero no seguiré adelante.

Pero mientras meditaba, el fuego ardía. Señor, debo hablar de Ti, no sea que con mi silencio ofenda a la generación de tus hijos. He aquí, Tú has escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios, y lo débil del mundo para confundir a los poderosos. Oh Señor, no me abandones. Permíteme mostrar tu fuerza a esta generación y tu poder a todas las venideras. Suscita profetas y videntes en tu Iglesia que magnifiquen tu gloria y a través de tu Espíritu todopoderoso devuelve a tu pueblo el conocimiento de lo santo. Amén.

El choque moral sufrido por nosotros a causa de nuestra poderosa ruptura con la alta voluntad del cielo nos ha dejado a todos con un trauma permanente que afecta a cada parte de nuestra naturaleza. Hay enfermedad tanto en nosotros mismos como en nuestro entorno.

La súbita comprensión de su depravación personal llegó como un golpe del cielo al tembloroso corazón de Isaías en el momento en que tuvo su visión revolucionaria de la santidad de Dios. Su grito lleno de dolor,

"Ay de mí, que estoy deshecho, porque soy hombre de labios impuros y habito en medio de un pueblo de labios impuros; porque mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos", expresa el sentimiento de todo hombre que se ha descubierto a sí mismo bajo sus disfraces y se ha visto confrontado con una visión interior de la santa blancura que es Dios. Tal experiencia no puede sino ser emocionalmente violenta.

Hasta que no nos hayamos visto a nosotros mismos como Dios nos ve, no es probable que nos perturben mucho las condiciones que nos rodean, siempre y cuando no se nos vayan tanto de las manos como para amenazar nuestra cómoda forma de vida. Hemos aprendido a vivir con la impiedad y hemos llegado a considerarla como algo natural y esperado. No nos decepciona no encontrar toda la verdad en nuestros maestros de fe, ni plenitud en nuestros políticos, ni completa honestidad en nuestros comerciantes, ni plena confianza en nuestros amigos. Para poder seguir existiendo, promulgamos las leyes necesarias para protegernos de nuestros semejantes y lo dejamos estar.

Ni el escritor ni el lector de estas palabras están cualificados para apreciar la santidad de Dios. Literalmente, un nuevo canal debe ser cortado a través del desierto de nuestras mentes para permitir que fluyan las dulces aguas de la verdad que sanarán nuestra gran enfermedad. No podemos captar el verdadero significado de la santidad divina pensando en alguien o algo muy puro y luego elevando el concepto al grado más alto de que seamos capaces.

La santidad de Dios no es simplemente lo mejor que conocemos infinitamente mejorado. No conocemos nada como la santidad divina. Es distinta, única, inaccesible, incomprensible e inalcanzable. El hombre natural es ciego a ella. Puede temer el poder de Dios y admirar su sabiduría, pero ni siquiera puede imaginar su santidad.

Sólo el Espíritu del Santo puede impartir al espíritu humano el conocimiento de lo santo. Sin embargo, como la energía eléctrica fluye sólo a través de un conductor, así el

Espíritu fluye a través de la verdad y debe encontrar la misma medida de verdad en la mente antes de que pueda iluminar el corazón. La fe se despierta a la voz de la verdad, pero no responde a ningún otro sonido. "La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios". El conocimiento teológico es el medio a través del cual el Espíritu fluye en el corazón humano, pero debe haber humilde penitencia en el corazón antes de que la verdad pueda producir fe. El Espíritu de Dios es el Espíritu de la verdad. Es posible tener la misma verdad en la mente sin tener el Espíritu en el corazón, pero nunca es posible tener el Espíritu aparte de la verdad.

En su penetrante estudio de lo sagrado, Rudolf Otto defiende con vehemencia la presencia en la mente humana de algo que él denomina lo "numinoso", con lo que, aparentemente, se refiere a la sensación de que existe en el mundo un Algo vago e incomprensible, el *Mysterium Tremendum*, el asombroso Misterio, que rodea y envuelve el universo. Se trata de un Ello, una Cosa espantosa, que nunca puede concebirse intelectualmente, sólo intuirse y sentirse en las profundidades del espíritu humano. Permanece como un instinto religioso permanente, un sentimiento de esa Presencia innominada e indescifrable que "corre como el azogue por las venas de la creación" y a veces aturde la mente al confrontarla con una manifestación sobrenatural y superracional de sí misma. El hombre así confrontado se siente abatido y abrumado y sólo puede temblar y callar.

Este temor no racional, este sentimiento por el Misterio increado en el mundo, está detrás de toda religión. La religión pura de la Biblia, no menos que el animismo más bajo del hombre de la tribu desnuda, existe sólo porque este instinto básico está presente en la naturaleza humana. Por supuesto, la diferencia entre la religión de un Isaías o de un

Pablo y la del animista es que uno tiene la verdad y el otro no; sólo tiene el instinto "numinoso". Se siente tras un Dios desconocido, pero un Isaías y un Pablo han encontrado al Dios verdadero a través de Su propia auto-revelación en las Escrituras inspiradas.

El sentimiento por el misterio, incluso por el Gran Misterio, es básico en la naturaleza humana e indispensable para la fe religiosa, pero no es suficiente. Por él los hombres pueden susurrar: "Esa Cosa horrible", pero no gritan: "¡Mi Santo!". En las Escrituras hebreas y cristianas Dios lleva adelante Su autorrevelación y le da personalidad y contenido moral. Esta terrible Presencia se muestra no como una Cosa, sino como un Ser moral con todas las cálidas cualidades de una personalidad genuina. Más que esto, Él es la quintaesencia absoluta de la excelencia moral, infinitamente perfecto en rectitud, pureza, rectitud e incomprensible santidad. Y en todo esto Él es increado, autosuficiente y más allá del poder del pensamiento humano para concebir o del habla humana para expresar.

Mediante la autorrevelación de Dios en las Escrituras y la iluminación del Espíritu Santo, el cristiano lo gana todo y no pierde nada. A su idea de Dios se añaden los conceptos gemelos de personalidad y carácter moral, pero permanece el sentido original de asombro y temor en presencia del Misterio que llena el mundo. Hoy su corazón puede saltar con el grito feliz: "¡Abba Padre, Señor mío y Dios mío!". Mañana puede arrodillarse con el temblor encantado para admirar y adorar al Alto y Elevado que habita la eternidad.

Dios es santo. Para ser santo Él no se conforma a un estándar. Él es esa norma. Él es absolutamente santo con una infinita e incomprensible plenitud de pureza que es incapaz de ser otra cosa de lo que es. Porque Él es santo, sus atributos son santos; es decir, todo lo que pensamos que pertenece a Dios debe ser pensado como santo. Dios es santo y ha hecho de la santidad la condición moral necesaria para la salud del hombre.

Su universo. La presencia temporal del pecado en el mundo sólo acentúa esto. Lo que es santo es sano; el mal es una enfermedad moral que debe terminar finalmente en la muerte. La formación de la propia lengua lo sugiere, la palabra inglesa holy deriva del anglosajón halig, hal, que significa "bien, entero".

Puesto que la primera preocupación de Dios por su universo es su salud moral, es decir, su santidad, todo lo que sea contrario a esto está necesariamente bajo su eterno desagrado. Para preservar Su creación, Dios debe destruir todo lo que pueda destruirla. Cuando se levanta para acabar con la iniquidad y salvar al mundo de un colapso moral irreparable, se dice que está airado. Cada juicio iracundo en la historia del mundo ha sido un acto santo de preservación. La santidad de Dios, la ira de Dios y la salud de la creación están inseparablemente unidas. La ira de Dios es su total intolerancia hacia todo lo que degrada y destruye. Odia la iniquidad como una madre odia la poliomielitis que acaba con la vida de su hijo.

Dios es santo con una santidad absoluta que no conoce grados, y esto no puede impartirlo a sus criaturas. Pero hay una santidad relativa y contingente que Él comparte con ángeles y serafines en el cielo y

con los hombres redimidos en la tierra como preparación para el cielo. Dios puede impartir esta santidad a sus hijos, y lo hace. La comparte con ellos por imputación y por impartición, y porque la ha puesto a su disposición mediante la sangre del Cordero, la exige de ellos. A Israel primero, y más tarde a Su Iglesia, Dios habló diciendo: "Sed santos, porque yo soy santo". No dijo: "Sed tan santos como yo soy santo", porque eso sería exigirnos una santidad absoluta, algo que sólo pertenece a Dios.

Ante el fuego increado de la santidad de Dios, los ángeles velan sus rostros. Sí, los cielos no están limpios, y las estrellas no son puras a Su vista. Ningún hombre honesto puede decir "yo soy santo", pero tampoco ningún hombre honesto está dispuesto a ignorar las solemnes palabras del escritor inspirado: "Seguid la paz con todos los hombres, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor".

Atrapados en este dilema, ¿qué debemos hacer los cristianos? Debemos, como Moisés, cubrirnos de fe y humildad mientras echamos una rápida mirada al Dios que ningún hombre puede ver y vivir. No despreciará a los quebrantados y contritos de corazón. Debemos esconder nuestra impiedad en las heridas de Cristo como Moisés se escondió en la hendidura de la roca mientras la gloria de Dios pasaba. Debemos refugiarnos en Dios. Sobre todo debemos creer que Dios nos ve perfectos en su Hijo mientras nos disciplina, nos castiga y nos purga para que seamos partícipes de su santidad.

Por la fe y la obediencia, por la meditación constante en la santidad de Dios, por amar la justicia y odiar la iniquidad, por un conocimiento creciente del Espíritu de santidad, podemos aclimatarnos a la comunión de los santos en la tierra y prepararnos para la compañía eterna de Dios y de los santos en lo alto. Así, como se dice, cuando los creyentes humildes se reúnan, tendremos un cielo para ir al cielo.

*¡Qué terribles son tus años eternos, Señor eterno! Por
espíritus postrados día y noche
¡Incesantemente adorado!
Qué hermoso, qué hermoso
debe ser verte,
Tu sabiduría infinita, tu poder sin límites y tu terrible pureza.*

*¡Oh, cómo te temo, Dios vivo! Con los más profundos y
tiernos temores, Y te adoro con temblorosa esperanza, Y
lágrimas de penitencia.*

Frederick W. Faber